M. Tvlli Ciceronis *De Officiis*, Marco Tulio Cicerón, *Acerca de los deberes*, 2009, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, introducción, versión y notas de Rubén Bonifaz Nuño, XXXVIII + 166 pp.

RECEPCIÓN: 17 de marzo de 2010.

ACEPTACIÓN: 14 de abril de 2010.

Cicerón —sobra decirlo— fue una de las figuras más grandes que Roma ha dado a la posteridad: ingeniero de la República y arquitecto de su pensamiento, sin él, la defensa de las instituciones romanas republicanas hubiera quedado sin portavoz o, al menos, sin una de las voces más admirables de la historia. Escribió este tratado un año antes de morir, cuando contaba con sesenta y tres años de edad; vejez para los romanos, madurez hoy: pleno ejercicio de facultades mentales y espirituales. El orador sabía que iba a morir, por eso deja testimonio: “Es mi destino que no puedan vencerme, ni yo pueda vencer, sin la República”. La figura de Cicerón ha sido motivo de controversia siempre; sin embargo, más allá de las opiniones que cada uno pueda guardar al respecto, a nadie extrañará la categórica afirmación cuando se dice que representa uno de los más acabados paradigmas de la romanidad y de sus valores; encarnación de la *humanitas* y del hombre hondamente republicano; modelo, en fin, de la cosmovisión de su época y de la actividad política e intelectual de su tiempo.

Fue calificado por sus contemporáneos como “hombre nuevo”, con un dejo de desprecio por parte de quienes lo detestaban; sin embargo otros, los más, lo admiraban sinceramente; es Cicerón lo que hoy llamaríamos un hombre que se ha hecho a sí mismo: cumplió con el *cursus honorum* de manera notable y llegó al consulado, durante el cual consiguió sofocar la conjuración de aquel patricio venido a menos, Catilina, y de su esbirro Clodio. Algunos desapruban el papel que desempeñó como político; son poco objetivos: si recordamos el contexto, fue una de las épocas más convulsas de la historia de Roma, urbe que llevaba décadas y décadas empapada en baños de sangre: Mario; Sila;

RESEÑAS

la rebelión de los esclavos, precedida por el famoso Espartaco; la mencionada conjuración de Catilina, en el año 63; el primer triunvirato; la guerra civil entre Pompeyo y César, y el asesinato de este último, quien, valga subrayar, es uno de los personajes más enigmáticos y seductores de la historia de Roma y del hombre. Julio César, orador magistral y político fuera de serie, fue verdaderamente un espíritu alado; Cicerón y él vivieron en un juego recíproco de admiración y competencia, pues se conocieron y comprendieron a profundidad, aunque diferían tanto en qué querían para Roma y para sí mismos, como en la forma de lograrlo y en el estilo mismo con que lo escribieron. Aun así, el magnífico conquistador de las Galias y vencedor de Pompeyo, escribió sobre Cicerón, príncipe de las humanidades: “Haz alcanzado la más bella de todas las glorias y un triunfo preferible a los de los más grandes generales, pues vale más dilatar las fronteras del espíritu que extender los límites del imperio”. Hay que imaginarlo dicho así, sinceramente, con honestidad.

Se nos ofrece, pues, el tratado *Acerca de los deberes*; corresponde a nosotros, si queremos, recibirlo, conocerlo, hacerlo nuestro. Rubén Bonifaz Nuño ha traducido la poesía y la prosa de griegos y latinos; va por los clásicos como por su casa. Filólogo consumado y alto poeta, ha impreso un impulso extraordinario al estudio de las lenguas clásicas y a la difusión de la cultura grecolatina.

Cicerón, príncipe de las humanidades; el título no es exagerado: cultivó la ciencia, la poesía, el derecho, la retórica, la filosofía, la religión, el arte, y buscó siempre la armonía entre las diferentes disciplinas y la vida misma. Quizá no es el filósofo perfecto, como cuando pensamos en los presocráticos, en Sócrates, Platón y Aristóteles; los romanos no fueron grandes filósofos debido a su carácter práctico; sin embargo, precisamente por ello, resulta mérito mayor cultivar la filosofía en un contexto poco propicio; el Padre de la Patria sintetizó la filosofía griega para el pensamiento romano; leyó cuidadosamente a los autores más importantes y, en particular, a Panecio y Posidonio, estoicos griegos que vivieron y enseñaron en Roma. Lo acusan de vanidoso: lo fue, pero también el primer filósofo latino propiamente dicho; además, suma a ello al orador perfecto, de tal manera que, cuando lo leemos, se deleita estéticamente nuestro espíritu y se ejercita nuestra razón. El vínculo entre estilo y pensamiento encuentra quizá su mejor expresión en esta obra, *Acerca de los deberes*. La introducción de Bonifaz Nuño nos permite entrever el contexto en que se escribió, y me duele reconocer que no fue uno de los mejores momentos del gran César Augusto, en ese momento Octavio todavía. Cito a Bonifaz: “En esas horas, el odio primitivo de Antonio, y la meditada y exacta crueldad

de Octavio, se aliaron en una intención criminal. Así, en Túscolo, Cicerón recibe la noticia de que ha sido proscrito; es decir, declarado fuera de la ley y condenado a morir. Comprende que Octavio lo ha cedido a la perversidad del peor de sus enemigos; así pues, entre ambos lo han conducido a su enfrentamiento con la muerte. Antes, empero, la vida le había consentido el espacio para la consumación de sus obras maestras en el arte del decir y del pensar: los discursos contra Antonio que él denominó *Filípicas* y el tratado acerca de los deberes, esta suerte de testamento en el cual se impone al ser humano el deber de buscar su realidad en el ejercicio de la virtud”.

Pero, ¿cuál virtud? Las ideas fundamentales de este tratado, según el mismo Cicerón, las tomó de Panecio, y versan sobre la relación que existe entre lo honesto y lo útil. No soy filósofo, pero creo que este tratado no es exactamente un libro de filosofía, sino de moral, muy oportuno para nuestros tiempos, y lo suficientemente profundo e incluyente para encauzar nuestro actuar cotidiano, inspirado por sus premisas, por un lado; y por otro, destacar una actitud frente al mundo que, en definitiva, es lo suficientemente sólida como para propiciar un ambiente menos frágil que el actual, insoportablemente relativista. Ulpiano afirma que las tres condiciones del ciudadano virtuoso son: vivir honestamente, no dañar a otro y atribuir a cada quien lo suyo. Rubén Bonifaz, en cambio, sostiene que para Cicerón las tres se reducen a una sola: *vivir honestamente*. La virtud de la honestidad contiene naturalmente a las demás: el hombre honesto es, necesariamente, justo; al ser justo, atribuirá a cada quien lo propio; por tanto, estará impedido de dañar al prójimo. Pero no sólo eso; la acción honesta supone actuar virilmente y con ánimo magno; con desprecio de dolores y labores incluye, así, a la fortaleza. La acción honesta es incapaz de ofender; encierra así a la verecundia, estimación de la propia honra o vergüenza de cometer actos innobles. Al suponer la medida, implica la templanza; por medio de la inteligencia, busca los mejores medios para alcanzar la debida finalidad: de tal forma, comprende a la prudencia. Continúa Bonifaz apuntando que, de esta manera, el fundamento de la sociedad humana es la honestidad, *honestas*, y que para Cicerón esta virtud debe ir acompañada siempre de un resultado: la utilidad, que supone diferentes grados, el supremo de los cuales es la libertad, consecuencia de la salud de la República. Nada más romano.

La originalidad de Cicerón radica en que no se contenta con seguir a Panecio, sino que convierte, transforma y traduce la filosofía para su pueblo e idiosincracia, al llevar la virtud central de la honestidad a una expresión definitivamente romana: el *decorum*, el aura que debe circunscribir a las demás

RESEÑAS

virudes, la elegancia de la acción virtuosa. Fondo y forma, pensamiento y acción, libertad y responsabilidad.

Una palabra sobre la traducción: Bonifaz Nuño procura, siempre, seguir del modo más conspicuo el espíritu que alienta a la colección bilingüe de la Universidad Nacional, que consiste en ser una herramienta para quienes estudian las lenguas clásicas; por ello, el castellano de esta versión reproduce muy cerca-namente la sintaxis del latín, que nuestra lengua soporta con dificultad. En este sentido, la traducción puede llegar a suponer algún esfuerzo si nos olvidáramos de cotejar con el latín; si lo hacemos, en cambio, descubrimos una versión fidelísima y muy didáctica, aunque no responda necesariamente al gusto del momento, objetivo que no persigue.

Pienso que Bonifaz Nuño pensaba en México al pensar en ofrecernos esta obra de Cicerón, tan necesaria por actual. De nosotros depende leerla y acrecentar así nuestro espíritu, nuestra conducta cotidiana, aprovechando sus herramientas, bellas y buenas, clásicas, perennes.

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México